

Reseña de *Metáfora y nuevos posicionamientos subjetivos. El giro metafórico etho-poiético.*

Foulkes, María Marta. Buenos Aires, Prometeo, 2013,
1era. edición 360 páginas.

Reseña bibliográfica por **María José Rossi** *

Fecha de Recepción: 31 de marzo de 2014

Fecha de Aceptación: 31 de abril de 2014

Desde la aparición del libro de Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, los estudios acerca de la metáfora cruzaron el límite que les imponía la retórica, centrada en su función persuasiva, para aventurarse en otras lides, prometedoras en relación a su capacidad de invención semántica. *Metáfora y nuevos posicionamientos subjetivos. El giro metafórico etho-poiético*, de María Marta Foulkes, aborda la cuestión con nuevos bríos. Y si bien el horizonte desde el que su autora acomete el estudio es netamente filosófico, los entrecruzamientos con el psicoanálisis y la semiótica renuevan y ofrecen nuevos itinerarios, que tendrán su culminación –como reza el título y el subtítulo– en un nuevo posicionamiento subjetivo, en un modo diferente de saber-se y de ser. En otra *praxis* posible.

Decir que la perspectiva es filosófica implica enfocar un tema desde múltiples puntos de vista, no siempre concurrentes entre sí. En el caso concreto de la metáfora, es saldar deudas con la tradición clásica (Aristóteles) hasta llegar a Ricoeur, pasando por la Lacan, por las corrientes analíticas, por la hermenéutica. Corrientes muchas de ellas consideradas antagónicas, como el estructuralismo y la hermenéutica. Pero aún allí se

* Doctora en Filosofía por la Università degli Studi di Torino, Italia. Profesora Adjunta Regular de Filosofía en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Directora del proyecto UBACyT “Texto barroco y hermenéutica en América Latina: hacia una política de la textualidad”, y de las Jornadas Internacionales de Hermenéutica (ediciones 2009, 2011 y 2013). Autora del libro *El cine como texto. Hacia una hermenéutica de la imagen-movimiento* (Buenos Aires, 2007, Primer Premio Concurso Internacional Topía Libro de Ensayo); compiladora del libro *Relecturas. Claves hermenéuticas para la comprensión de textos filosóficos* (Eudeba, 2012), así como de diversos artículos sobre su especialidad. . Correo electrónico: majorossi@hotmail.com

deja ver la gravitación de la metáfora. “La referencia metafórica –nos dice Foulkes (p. 78)– consiste en tener la habilidad para considerar dos puntos de vista diferentes al mismo tiempo”. Pero la consideración de diversos puntos de vista, muchos de ellos excluyentes, no concluye aquí ni en un pensamiento de la agonía ni en el vale todo. Desde el esbozo mismo de este proyecto no hay voluntad de recopilación: hay una apuesta. Y esto se advierte desde el inicio al fin del libro. No se trata tan sólo de presentar diversas perspectivas acerca de la metáfora, sino de ver cómo su tratamiento puede desembocar, según las palabras de la autora, en una posición progresista o, por el contrario, en una concepción totalitaria de los asuntos humanos. Este posicionamiento implica correr a la filosofía del lugar de la mera exégesis, de la vana erudición. Y es precisamente allí donde el libro muestra toda su intensidad. Está claro que para la autora pensar es tomar posición, es intervenir en los asuntos humanos, es apostar a dos vías posibles que hacen a la condición humana: la de la libertad o la de la opresión.

No obstante, hacia ese resultado no se llega fácilmente. El libro se demora, por así decir, y en lugar del atajo fácil prefiere los rodeos largos. Uno de esos rodeos transita el territorio del psicoanálisis, esquivo para el neófito, desde el que se aborda la cuestión del sujeto. El otro lo hace desde la filosofía. Uno se pregunta adónde conducen y qué relación guardan estos caminos con el tema del libro, que es también el núcleo de su tesis doctoral, iniciada en Buenos Aires y culminada en Francia, con dirección de Etienne Balibar. Pero precisamente, uno de los méritos del texto consiste no solo en arriesgar una tesis sino en invitarnos a hacer un recorrido que tiene mucho rigor y mucha densidad, que tiene claro adónde lleva sin perderse.

¿Adónde lleva pues el largo rodeo por el tema del sujeto? Se inicia con las interpretaciones clásicas de Descartes hechas por Kant y Heidegger, que le atribuyen al francés la invención del pensamiento de la subjetividad o mejor: del sujeto como una sustancia pensante, como un sustrato, como una identidad que es soporte del cambio. Pero el *Vocabulaire européen des Philosophies: Dictionnaire des intraduisibles* (varios autores), retomado por la autora, propone otra versión: la que hunde el nacimiento de la noción de sujeto en la filosofía medieval, pero no en la

figura de una sustancia sino en la de la circunspección dialogante de Agustín. La noción de sujeto en el pensamiento agustiniano es valiosa por partida doble: desmitifica la tentación del origen, de la invención, recupera el valor de la filosofía medieval y deconstruye toda una interpretación del cogito cartesiano resultado de las lecturas de Kant y Heidegger. Y si por caso Kant revisita al sujeto cartesiano como una sustancia, como un sustrato, es porque necesita oponerla en cierto modo a lo que va a ser su propia concepción del sujeto trascendental, que es la que la autora encuentra como preámbulo o antecedente de su sujeto metafórico: la noción de un sujeto que tiene conocimiento de él, no tal como es, sino tal como se *aparece* a sí mismo. Esto es, una ilusión, una apariencia: la ilusión de la unidad que alberga la multiplicidad, de la identidad que acoge la diversidad, de la permanencia que integra todo lo que parece ser su contrario: la variabilidad, la discontinuidad, la inestabilidad. Que sea una ilusión significa exactamente esto: no es una ‘cosa’, algo que valga como realidad objetiva. Este es el sujeto trascendental kantiano dibujado con trazo grueso que permite anticipar el sujeto metafórico.

Muy cerca de Kant, para Lacan el sujeto, lejos de ser una sustancia con contenido y accidentes, es un puro sujeto de enunciación, destinado a discurrir y desplazarse entre los múltiples juegos y cadenas significantes. Él mismo es un efecto de esos juegos. No es entonces portador de sentido y de verdad sino un punto en el espacio simbólico por el que *pasa* la verdad. Aquí reencontramos parcialmente la metáfora, que Lacan define como un juego de sustitución de un significante por otro que proviene de otra cadena. Esto produce una concatenación significativa que podría no tener fin excepto por una coagulación de la significación que se llama sentido. El sentido interrumpiría la cadena significativa. Pero ello no ocurre porque el sujeto se adueña o se apropia de los mecanismos por los cuales se produce esa interrupción sino por efecto del lenguaje. Hay una suerte de autonomía de las leyes del lenguaje que lleva a concluir que es él el que dispone de nosotros y no a la inversa. Ese lenguaje no sólo escinde al sujeto de su inconsciente sino que lo desarraiga de todo suelo ontológico, obligándolo a la pérdida de toda certeza y de toda arrogancia. De este modo, el sujeto ya no se concibe como mismidad (semejanza e identidad) sino como ipseidad, vale decir,

pluralidad de voces, polifonía. Se trata de una subjetividad que reconoce el aspecto ilusorio de su sí mismo, sus aspectos ficcionales y también fantasmales, que es capaz de apostar a nuevos sentidos y abrir nuevas realidades. Todo avance en dirección de la ipseidad tiene como contrapartida un avance en la alteridad del interlocutor, dirá la autora. Hablar de la condición metafórica del sujeto implica entonces aludir a una mirada que es estereoscópica, que es polifonía y entrecruzamiento de posiciones diferentes. Lo interesante es que este juego múltiple, normalmente asociado a la narratividad literaria, se abre también al espacio político. Justo es decir entonces que en política hay metáforas vivas y metáforas muertas. Sólo que a las primeras –y sólo a ellas– está reservada la posibilidad de la utopía, de un *saber* etho-poiético capaz de transformar el modo de *ser* de los individuos: “Reconocemos la diferencia de un posicionamiento literal y un posicionamiento metafórico del sujeto, en el primero la circulación significativa queda suturada por un significado o por la realidad supuestamente objetiva, mientras que en el segundo la circulación significativa abrirá distintos sentidos sin que ello impida la apuesta por uno de ellos” (p. 349).

Acá aparece lo más novedoso de la tesis. Pues, por lo común, la producción de sentidos múltiples, esos juegos en los que se utiliza la metáfora para dejar volar la imaginación, suelen asociarse a la ensoñación poética o al arte en general. Pero no es tan común que se la vincule a un ámbito particular de las relaciones humanas como es la política. Y la autora toma partido por aquellos autores que, especialmente interesados en pensar la politicidad desde el conflicto, le han dado un lugar de privilegio a la metáfora: Laclau, Zizek, Balibar, Ranciere, Badiou. Allí donde el pensamiento totalitario encuentra que la metáfora puede resultar amenazante por su capacidad de habilitar cursos de sentido plurales, es que estos pensadores y la autora del libro reconocen su poder liberador. Ese resto y ese exceso propios de la incompletud metafórica, ligados a un horizonte ilimitado (no cerrado) y a la indeterminación estructural, contribuyen a la dislocación del sujeto y a su compromiso con la práctica.

En este punto, la discusión con Laclau es por demás interesante, porque el filósofo argentino ve también en el orden del significante la clave de construcción de la politicidad. Pero el significante que articula las demandas en una sociedad permitiendo que un particular hegemonice el espacio social, es para Laclau un significante vacío, un punto metafórico debido a la brecha que existe entre el nombre y lo real. La catacrexis no es una figura aislada de la retórica sino que es la ley que rige todo significante. Compartiendo esta visión general del lenguaje, la autora difiere con Laclau en un punto que no es menor: en el que cifra el potencial del significante no en su *vacío* sino en su *exceso*. El totalitarismo se da precisamente cuando la metáfora se toma en su literalidad y se anula su pluralidad semántica posible. Sin embargo, por más que los despotismos, los totalitarismos y las dictaduras intenten poner freno a la liberación de sentidos de la palabra, ella va encontrar siempre la oportunidad de desmadrarse, de salirse de cauce, de encontrar los resquicios por donde salvar la diversidad. Y entonces, anudados a esa palabra rebelde, indomesticable, renuente a la sujeción, los ciudadanos encontrarán el poder de disentir o de resistir. La dislocación de la estructura, nos dice la autora, es la fuente de libertad de un sujeto que no tiene identidad positiva sino una identidad construida a través de actos de identificación y decisión. Aventurarse a un texto de estas características, que entrecruza saberes, que se zambulle en la historia, que remonta la tradición, que no sucumbe a la tentación de la mera exégesis pero tampoco la pasa por alto sino que, al contrario, la toma para indicar un camino y para hacer una apuesta, es un acto de identificación y de decisión que vale la pena celebrar.